

V

Dos semanas después, rodando en el coche del Pingallo hacia el Campo de Santa Ana, con la portezuela entreabierta y la bota extendida hacia el estribo, distinguí entre los árboles sin hojas el portal negro de la casa de mi tía. Dentro de aquel coche traqueteante, yo resplandecía más que un gordo César, coronado de follajes de oro, sobre su vasto carro, volviendo de domar pueblos y dioses.

Era ciertamente el deleite por volver á ver, en aquel cielo de Enero tan azul, á mi Lisboa con sus calles silenciosas, color de caliza sucia, y aquí y allá, las persianas verdes, bajas en las ventanas, como párpados pesados de languidez y de sueño. Pero era sobre todo la certeza de la gloriosa mudanza que se había hecho en mi fortuna doméstica y en mi influencia social.

Hasta entonces ¿qué había sido yo en casa de la señora doña Patrocinio? Un doctrino, que á pesar de su título de doctor y de sus barbas de Raposón, no podía mandar ensillar la yegua para ir á dar un paseo por la Baja, sin implorar la licencia de su tía. ¿Y ahora? Ahora sería el doctor Teodorico, que había ganado, en el contacto santo con los lugares del Evangelio, una autoridad casi pontifical. ¿Qué había sido hasta entonces entre mis conciudadanos? El Raposito que tenía un caballo. ¿Y ahora? El gran Raposo que había peregrinado poéticamente por Tierra Santa como Chateaubriand, y que por los remotos paradores donde había dormido, y por las rollizas circasianas que había besuqueado, podía hablar con superioridad en la «Sociedad de Geografía» ó en casa de Benita la Vejigosa...

El Pingallo detuvo el coche. Salté con el cajón de la Reliquia apretado contra el corazón. Y allá en el fondo del patio triste ví á la señora doña Patrocinio de las Nieves, vestida de seda negra y que me mostraba los dientes risueños.

—¡Oh, tía!

—¡Oh, hijo!

Solté el cajón santo y estreché su pecho seco.

—Hijo, qué tostado vienes.

—Tía, te traigo muchas cosas de Nuestro Señor.

Sus labios agradecidos rozaron mis barbas tan respetuosamente como si fuesen las barbas de palo de la imagen de San Teodorico.

A un lado la criada se limpiaba los ojos con la punta del delantal nuevo. Yo volví á coger el precioso cajón de pino de Flandes bendito y murmuré con una modestia llena de unción:

—¡Aquí está, tía! ¡Aquí está la divina Reliquia que perteneció al Señor!

Las lívidas y amojamadas manos de la hedionda señora temblaron al tocar aquellas tablas que contenían el principio milagroso de su salud y el amparo de sus aflicciones.

Después en el oratorio, delante del altar adornado con camelias blancas, fui perfecto. No me arrodillé, no me santigué; desde lejos le hice al Jesús de oro clavado en la cruz, una seña familiar y le dirigí una mirada muy risueña y muy delicada, como á un antiguo amigo con quien se tienen antiguos secretos. La tía sorprendió esta intimidad mía con el Señor; y cuando se arrodilló sobre la alfombra, dejándome el almohadón de terciopelo verde, fué tanto para su Salvador como para su sobrino para quien alzó las manos adoratrices.

Terminados los padrenuestros de gracias por mi regreso, la tía, postrada aún, murmuró humildemente:

—Hijo, sería bueno que supiese qué Reliquia es. Para las velas, para el respeto...

Le dije, estirándome las rodilleras:

—Luego se verá. Hasta la noche no pueden desencajonarse las reliquias... Fué lo que me recomendó el Patriarca de Jerusalem. ¡En todo caso, encienda la tía cuatro luces más, que hasta la la madera es santa!

Las encendió sumisa; y con devoto cuidado puso el cajón sobre el altar; después le dió un beso

musical y largo; extendió por encima un espléndida toalla de encajes. Yo, episcopalmente, tracé, sobre la toalla, con dos dedos, una bendición en cruz.

La tía esperaba con los anteojos negros fijos en mí, y llena de ternura.

—¿Y ahora, hijo, ahora?

—Ahora á comer, tía, que tengo un apetito que no veo.

La señora doña Patrocinio, recogíendose las faldas, corrió para apurar á Vicenta.

Largas horas nos estuvimos á la mesa, donde la fuente de arroz con leche ostentaba mis iniciales dibujadas con canela, debajo de un corazón y de una cruz. Yo referí detenidamente mi santa peregrinación, los devotos días de Egipto empleados en besar una por una todas las huellas que allí dejara la Santa Familia en su fuga, el desembarco en Jaffa, con mi amigo Topsisius, un sabio alemán, doctor en teología, y la deliciosa misa que allí saboreamos y los trisagios en Jerusalem y las visitas á las iglesias, y los besos repartidos piedra por piedra. La tía, sin comer, apretando las manos, suspiraba con devotísimo pasmo:

—¡Ay, qué santo! ¡Ay qué santo oír estas cosas! ¡Jesús!... ¡Hasta da un gusto por dentro!

Yo sonreía humilde. Y cada vez que la miraba de soslayo, aquella doña Patrocinio de las Nieves me parecía otra. Sus anteojos negros que en otro tiempo relucían tan ásperamente, ahora conservaban un continuo empañamiento de ternura húmeda.

Yo sin moderación prodigaba las pruebas de mi intimidad con el cielo.

Decía:—«Una tarde, en el Monte de los Olivos, hallándome en oración, pasó de repente un ángel...»

Decía:—«Olvidando todos los cuidados fuí al Sepulcro de Nuestro Señor, levanté la losa y grité hacia adentro...»

Ella inclinaba la cabeza anonadada ante aquellos privilegios prodigiosos sólo comparables á los de San Antonio y ó de San Blas.

Después enumeraba mis tremendos rezos y mis terroríficos ayunos. En Nazareth, al pie de la fuente donde Nuestra Señora solía llenar su cántaro, había rezado mil avemarias, de rodillas, sufriendo las incomodidades de la lluvia. En el desierto donde viviera San Juan, como él me había sustentado de raíces...

Y la tía, babeando, exclamó:

—¡Ay qué ternura! ¡ay qué ternura! ¡Raíces! ¡Y qué contento con ello recibiría nuestro querido San Juan. ¿Y no te hicieron daño, hijo?

—¡Si hasta engordé, tía! Nada; era lo que yo decía á mi amigo el alemán:—Ya que la gente viene á un lugar de éstos, lo que debe hacer es aprovechar, salvar su alma...

Ella se volvía hacia Vicenta que sonreía pasmada en su asiento tradicional, entre dos ventanas, bajo el retrato de Pío IX y el viejo antejojo del comendador G. Godiño.

—¡Ay Vicenta! ¡Viene lleno de virtud!

—¡Me parece que Nuestro Señor Jesucristo no quedó descontento de mí!—murmuraba yo, alargando hacia la mermelada mi cucharilla de postre.

Y todos mis movimientos los contemplaba la odiosa señora con veneración, como preciosas acciones de santidad.

Después, con un suspiro:

—Y, otra cosa, hijo... ¿Traes de allá algunas oraciones, de las buenas, de las que te enseñaron los patriarcas y los frailes?

—¡Las traigo de rechupete, tía!

¡Las traía en gran número, copiadas de las carteras de los santos, eficaces para todos los achaques! Las tenía para toses, para vísperas de lotería...

—¿Y tendrás alguna para calambres? Que yo, á veces, de noche, hijo...

—Traigo una infalible en calambres. Me la dió un monje, amigo mío á quien suele aparecérselo el Niño Jesús... Dice...

X encendí un cigarro,

¡Nunca había osado yo fumar delante de la tía! Ella detestaba siempre el tabaco más que ninguna otra emanación del pecado. Pero ahora arrastró golosamente su silla hacia mí como hacia un milagroso libro repleto de esas oraciones que dominan la hostilidad de las cosas, vencen toda dificultad, eternizan á las viejas sobre la tierra.

—¿Me la darás, hijo? ¡Es una caridad que haces!

—¡Oh, tía, vaya una ocurrencia! ¡Todas! Y diga, diga... ¿Cómo va de sus padecimientos?

Ella lanzó un *ay* de desaliento infinito. Iba mal, iba mal. Cada día se sentía más flaca, como si se fuese á deshacer. En fin, ya no moría sin haber cumplido aquel gusto de mandarme á Jerusalem á visitar el Señor: y esperaba que él se lo tuviese en cuenta, como también los gastos que se le habían originado y la pesadumbre de la separación. ¡Pero se sentía mal, mal!

Yo desvié el rostro para ocultar el vivo y escandaloso relámpago de júbilo que lo iluminara. Después animé generosamente á la tía ¿Qué podía recelar? ¿No tenía ella ahora, para vencer las leyes de la descomposición natural, aquella reliquia de Nuestro Señor?

—Y otra cosa, tía. ¿Los amigos cómo van?

Ella me dió la desconsoladora noticia. El mejor y más agradable, el bondadoso Casimiro, guardaba cama desde el domingo con las piernas hinchadas.

—¡La falta que me ha hecho! Lo que me ha valido á sido el sobrino, el P. Negrón.

—¡El P. Negrón!—murmuré extrañando aquel nombre.

—¡Ah! Cierto que tú no le conoces...

El padre Negrón vivía cerca de Torres y sólo de tarde en tarde venía á Lisboa, que le era antipática por su relajación... Solamente por la tía, y para ayudarla en sus negocios, aquel santo había dejado la paz de su aldea. ¡Era tan delicado, tan servicial!

—No puedes figurarte lo que me ha valido, hijo... ¡Lo que él ha rezado por ti para que Dios te protegiese en esas tierras de turcos!... ¡Y la compa-

ñía que me hace! Todos los días come aquí... Hoy no ha querido. Me dijo: «No señora, no; dejemos libertad para las expansiones...» Verás, es un santo.

Sacudí la ceniza del cigarro con mal humor. ¿Por qué contra todas las costumbres venía aquel padre todos los días á comer el cocido de la tía? Murmure con autoridad:

—Allá, en Jerusalem, los padres y los patriarcas solamente comen convidados los domingos... Parece que es de más virtud.

*

Había obscurecido. Vicenta encendió luz en el corredor. Los amigos de la casa, avisados por mi tía, no tardarían en llegar para dar la bienvenida al Peregrino. Subí á mi cuarto para arreglarme un poco. Allí, considerando ante el espejo el rostro tostado por el sol, sonreí graciosamente y pensé:—¡Ah, Teodorico, venciste!

Pero rechinó la puerta y la tía entró con un anti-guo chal del Tonkín por los hombros. Caso extraño: parecióme que volvía á ver á la doña Patrocinio de otros tiempos, seca, adusta, desabrida, odiando el amor como cosa inmunda, y arrojando de su lado para siempre á los hombres que se mezclan con faldas. ¡Con efecto! Sus anteojos, otra vez secos, relucían, se clavaban desconfiadamente en mi maleta... ¡Santos cielos! Era la antigua doña Patrocinio. Temblé: pero me visitó luego una inspiración del Señor. Delante de la maleta abrí los brazos con santidad.

—Aquí tiene usted la maleta que anduvo por Jerusalem... Aquí está bien abierta para que todo el mundo vea que es la maleta de un hombre de religión... Huélala usted, tía... ¿No huele á religión?

—¿Qué son esos envoltorios?—murmuró la asquerosa señora, extendiendo un dedo descarnado.

Los abrí complaciente. Eran dos frascos lacrados de agua del Jordán. Entonces, la vieja, con los anteojos embazados de nuevo, besó penitentemente

los frascos. Luego, dirigiéndose á la puerta, suspirante y ya rendida, murmuró:

—Mira, hijo, estoy temblando... Y es de estos gustos benditos.

Salió. Quedé solo rascándome la barba. Sí, todavía había alguna circunstancia por la cual podía heredarme la vieja, y sería que apareciese ante ella, material y tangible, una evidencia de mis livianos extravíos... Pero ¿cómo podría surgir jamás esa prueba ante los anteojos de la tía? Todas esas fragilidades de mi carne eran como el humo esparcido de una hoguera apagada, que ningún esfuerzo humano puede nuevamente condensar. Mi último pecado, saboreado tan lejos, en el remoto Egipto, ¿cómo podría llegar á noticias de la tía? Ninguna combinación humana lograría traer á casa de mi tía los dos únicos testigos de aquel pecado: el sabio alemán, doctor Topsisius, y el heroico lusitano Alpendriña. Porque mi Maricocas no había siquiera que pensarlo. Claras tenía las pruebas de su ingratitud y de su olvido.

La camisa comprometedora, el terrible documento, aromatizado de violetas, cubriría allá en Sión el lánguido talle de una circasiana ó los senos color de bronce de una nubia de Koskoro. Sí, no había nada que pudiera interponerse entre la bolsa verde de la tía y su sobrino el Raposón. Entonces elevé el alma hacia las alturas y grité desesperadamente, con toda el ansia de mi deseo:

—¡Oh, Virgen María, haz que esa vieja reviente cuanto antes!

En este momento llamaron á la puerta. Cuán grato me fué reconocer después de la larga separación los dos campanillazos tímidos del modesto Justino; y más grato todavía sentir poco después el repique majestuoso del doctor Margaride. Inmediatamente la tía se acercó á la puerta de mi cuarto, diciendo en un penoso atragantamiento:

—Teodorico, hijo, oye. He recordado... Me parece que para destapar la Reliquia es mejor esperar á que se vayan Justino y el doctor Margaride. ¡Ay, son muy amigos míos, son personas de mucha vir-

tud! Pero creo que para una ceremonia de estas es mejor que estén sólo personas de iglesia.

Ella, por devoción, se consideraba persona de iglesia. Yo, por mi jornada, era casi persona del cielo.

—No, tía. El patriarca de Jerusalem me recomendó que fuese delante de todos los amigos de la casa, en la capilla, con velas... Es más eficaz... Dígale á Vicenta que venga á buscar mis botas para limpiarlas.

—¡Ay, yo se las daré!... ¿Son éstas? ¡Están sucias! Y la señora doña Patrocinio de las Nieves llevó las botas.

¡Ah! Estaba muy mudada. Y al espejo, clavando en el satén de la corbata una cruz de coral de Malta, pensaba que desde aquel día yo había de reinar allí, en el Campo de Santa Ana, gracias á mi santidad.

*

Me fué grato al penetrar en la sala encontrar á los amigos predilectos de pie, alargándome los brazos. La tía estaba en un sofá, tiesa, desvanecida, con traje de fiesta y con joyas. A su lado veíase un padre muy flaco, mostrando en su rostro chupado dientes afilados y hambrientos. Era el Negrón. Le alargué dos dedos secamente.

—Agradezco verle á usted por acá.

—¡Grandísima honra para este siervo! —ceceó llevando mis dedos hacia el corazón.

E inclinando el dorso servil, corrió á levantar el *abatjour* del candelero para que la luz me bañase y se pudiese ver en la madurez de mi semblante la eficacia de la peregrinación.

El padre Piñeiro decidió con su sonrisa de enfermo:

—¡Más gordo!

Justino exclamó haciendo crujir los dedos:

—¡Más quemado!

Y el doctor Margaride, cariñosamente:

—¡Más hombre!

El onduloso padre Negrón se volvió, inclinándose

ante la tía como ante un Sacramento rodeado de luces:

— ¡Y con un todo de inspirar respeto! Enteramente digno de ser sobrino de la virtuosísima doña Patrocinio.

En tanto alrededor oíanse las amistosas curiosidades: «¿Y la salud?» «¿Qué tal Jerusalem?» «¿Qué tal las comidas?»

Mas la tía golpeóse una rodilla con el ábanico, recelando que tan familiar alborozo molestase á San Teodorico. Y el Negrón acudió en seguida con un celo melifluo.

— ¡Método, señores, método!... Así, todos á una, no se goza. Es mucho mejor dejar hablar á nuestro interesante Teodorico.

Destesté aquel *nuestro*, odié á aquel padre. ¿Por qué había tanta miel en sus palabras? ¿Por qué se le distinguía sentándole en el sofá rozando sus rodillas las castas ropas de mi tía?

Mas el doctor Margaride, abriendo su caja de rapé, asintió diciendo que el método sería más conveniente.

— Aquí nos sentamos todos en rueda, y nuestro Teodorico nos cuenta por orden todas las maravillas que vió.

El galguesco Negrón, con una escandalosa privanza, corrió hacia dentro en busca de agua azucarada con que yo pudiese endulzar las palabras. Tosí y comencé á esbozar la soberbia jornada. Expliqué el lujo de Málaga; Gibraltar y su peñón cubierto de nubes; la abundancia de las «mesas redondas» con agua de Seltz y gaseosas...

— ¡Todo á lo grande, á la francesa!—suspiró el padre Piñeiro, con un brillo de gula en los ojos.— Pero, naturalmente, todo muy indigesto...

— Sí, todo grande, á la francesa; pero cosas saludables que no recalentaban los intestinos. Hermoso rosbif, hermoso cordero...

— ¡Que no valían ciertamente los desperdicios de lo que aquí se come, excelentísima señora!—exclamó el Negrón, junto al hombro puntiagudo de la tía.

Execré á aquel padre. Y agitando el agua con azúcar decidí en mi interior, para cuando yo dominase en el Campo de Santa Ana, que jamás la comida de mi familia resbalase por las aduladoras tragaderas de aquel siervo de Dios.

Entre tanto el buen Justino sonreía embozado. ¿Y cómo pasaba yo las noches en Alejandría? ¿Conocía yo á alguna familia de consideración con la cual pudiese tomar el té?

— Sí, Justino; conocía. Mas, á decir la verdad sentía repugnancia en frecuentar casas de turcos... ¡Es gente que no cree sino en Mahoma! ¿Sabe lo que hacía de noche? Después de cenar me iba á una iglesia de nuestro culto y allí hacía mis devociones; después iba con mi amigo el alemán á una gran plaza que los de Alejandría dicen ser mejor que el Rocío... Mayor tal vez lo sea. Mas no es esta maravilla de nuestro Rocío, con sus ladrillos, sus árboles, su teatro... En fin yo prefiero el Rocío... Pero ¿quién se lo dice á los turcos!

— Está bien que así se ensalcen las cosas portuguesas—observó el doctor Margaride.—Diré más. Es acto de patriota. ¡No de otra manera procedían los Gamas y los Albuquerque!

— Es verdad... Salía con el alemán y entonces, por esparcirme un rato y porque ¡eso sí! una distracción siempre es necesaria cuando se viaja, íbamos á tomar un café. Allá, vamos, allá, el café que hacen los turcos alcanza la suma perfección.

— ¿Buen cafecito, eh?—exclamó el padre Piñeiro, acercando hacia mí su silla con interés.— ¿Y es cargado, verdad? ¿Con buen aroma?

— Sí, padre Piñeiro, superior. Pues tomábamos nuestro café, después regresábamos al hotel y allí, en el cuarto, estudiábamos en los Santos Evangelios los lugares á donde habíamos de ir á rezar... Y como el alemán era un hombre que sabía de todo, yo, á su lado, aprendía una porción de cosas útiles. Pues señores, así, á la luz del candelero, estábamos hasta las diez, las once. Después, el té, el trisagio, y la cama.

— Sí, señor, noches muy agradables, noches muy

aprovechadas.—exclamó, sonriendo hacia la tía, el estimable doctor Margaride.

—¡Ay, eso le dió mucha virtud!—suspiraba la horrenda señora.—Fué como si hubiese pasado un rato en el cielo... Hasta lo que él dice huele bien... Huele á santo.

Modestamente bajé los ojos.

Pero Negrón, con sinuosa perfidia, apuntó que sería mejor, más provechoso, de mayor unción para las almas, escuchar cosas de fiestas, de milagros, penitencias.

—Estoy siguiendo mi itinerario, señor padre Negrón,—repliqué ásperamente.

—Como hizo Chateaubriand, como hicieron todos los famosos doctores,—añadió Margaride aprobando.

Y puestos los ojos en él, reconociéndole más autoridad que á los otros, yo conté la partida de Alejandria en una tarde de tormenta; cómo una santa hermana de la Caridad (que había estado en Lisboa y que había oído hablar de la tía) salvara de las aguas saladas un envoltorio que yo traía de la tierra de Egipto, como recuerdo del país que pisara la Santa Familia; nuestra llegada á Jaffa en que, por un prodigio, apenas yo subiera á un montecillo, pensando en la tía, se coronara de rayos de sol.

—Magnífico,—exclamó el doctor Margaride.—Y diga, Teodorico, no llevaban consigo un guía que les fuese enseñando las ruinas, que les fuese comentando?...

—Teníamos un gran latinista, doctor Margaride, el padre Potte.

Moje los labios. Y enumeré las emociones de la deliciosa noche que, acampados, pasamos en Ramleh, con la luna en el cielo alumbrando cosas de religión, beduínos velando lanza al hombro y en derredor leones que rugían...

—¡Qué escena!—gritó el doctor Margaride levantándose arrebatadamente.—¡Qué gran escena! ¡Lo que daría por estar allá! ¡Parece uno de estos grandiosos pasajes de la Biblia, del *Eurico*! ¡Eso ins-

pira á cualquiera! Yo, si tal viese, no sería capaz de contenerme. No. ¡Haría una oda sublime!

El Negrón exclamó, dirigiéndose al magistrado:

—Es mejor que hable nuestro Teodorico. Así podremos todos saborear...

Margaride frunció las cejas, negras como el ébano.

—¡Nadie en esta sala mejor que yo, señor Negrón, saborea lo grandioso!

Y la tía, insaciable, agitando el abanico cerrado:

—¡Está bien, está bien!... ¡Cuenta, hijo, no te hartes! Mira, cuenta alguna cosa que te haya acontecido con Nuestro Señor, que nos enternezca...

*

Todos enmudecieron. Entonces conté la marcha hacia Jerusalem guiado por dos estrellas como acontece siempre á los peregrinos de buena familia; las lágrimas que derramara al avistar, en una mañana de lluvia, las murallas de Jerusalem; y en mi visita al Santo Sepulcro, las palabras que balbuceara delante del Túmulo, entre los eucaliptos y junto al padre Potte: «¡Oh, mi Jesús, oh, mi Señor: aquí estoy, aquí vengo de parte de la tía!»

La repugnante señora exclamó:

—¡Cómo me enterneces! ¡Y delante del Túmulo?

Entonces paseé un pañuelo por mi rostro agitado y dije:

—Aquella noche me retiré al hotel para rezar... Y ahora, señores, hay aquí un punto desagradable...

Y contritamente confesé que, forzada por la Religión, por el nombre honrado de Raposo y por la dignidad de Portugal, tuviera un disgusto en el hotel con un inglés corpulento y barbudo.

—¡Una riña!—exclamó con perversidad el vil Negrón, ansiando empañar el brillo de santidad con que yo deslumbraba á la tía.—¡Una riña en la ciudad de Jesucristo! ¡Qué desacato!

Con los dientes cerrados dije al torpísimo padre:

—¡Sí, señor, una pelea! Mas sepa V. S. que el patriarca de Jerusalem dijo que la razón estaba toda de mi parte. Hasta me dijo más; me dijo, dándome palmaditas en el hombro: «Mil parabienes,